

*Ser para o desconhecido*, de CARLOS DE MACEDO

Portugália Editora, Lisboa, 1960

Carlos de Macedo ha escrito una novela intitulada "Ser para o desconhecido", que se alinea en las producciones de nuestra moderna literatura de "espiritualismo constructivo". Ni otra cosa era de esperar en la prosa de un poeta que ya tiene afianzado el prestigio de una fina sensibilidad. Junto con la historia, llena de episodios curiosísimos de la juventud escolar, se descubre una especulación de génesis no racionalista, traducida en aprovechamiento de la compleja problemática existencial.

En efecto, si bien el novelista no haya tenido la intención directa de teorizar sobre el problema concreto de la existencia, el hecho inequívoco es que en "Ser para o desconhecido" se encuentran bien patentes motivos de sobra para invocar aquella posición filosófica. Esto se desprende a través de tres indicios: ante todo, el título, inspirado en la óptica heideggeriana; después, la alusión expresa que se hace a Heidegger, Jaspers, Chestov y Berdiaeff; y, finalmente, aún del modo cómo el profesor Martinho (el principal personaje), en una equivocación de la cual se liberta, encara la muerte de Augusto como la victoria ciega del "absurdo" sobre la inteligencia humana.

En la escuela donde naturalmente existen niños de las más variadas índoles, fisonomía y principios, aquel maestro estimado por todos como el camarada más respetable, pero Martinho tiene por Augusto una estima particular, por ser el más dotado de sus discípulos. Sin embargo, porque es ocultamente un comunista activo, y porque recibiera instrucciones en el sentido de preparar al discípulo, considerado buena adquisición para la falange revolucionaria, cumple y desempeña el traicionero encargo con una sensación de "penosidad" que llega a merecer las recriminaciones de los camaradas de partido. Mas sobreviene la tragedia: Augusto muere en un accidente. Su profesor ya se encuentra detenido. Y el padre Acúrsio lleva a la celda el sencillo espolio del infeliz discípulo. Martinho, informado del desastre, protesta contra el absurdo natural de esta muerte, y el sacerdote le da la réplica, argumentando con los designios de Dios: "La saudade es aún una forma de sobrevivencia. Y hay mucho más que eso. ¿Quién sabe lo que representa esta llamada?..."

Carlos de Macedo describe típicamente una vasta galería de niños. Pero, en verdad, Augusto —ese que muere—, merece particular mención, como uno de los dos apoyos fundamentales que dominan el enredo. Entre el núcleo de esas almas incipientes, lanzadas en la vida y desabrochando formas individuales de existencia, es lo que mejor lo caracteriza, como ser angustiado, ahora consciente de los límites insuperables de la naturaleza humana. Era el mejor del curso —el hijo de los caseros de una quinta distante, protegido por los amos de sus padres, y alimentando secreta inclinación por María de Graça, la hija de los patrones. Lo amarga, sin embargo, la angustia de juzgarla inaccesible por fatalidad de la dife-

rencia de sus clases sociales. Y, de este modo, a la par de la gratitud por el bien que le hacían, existe en él el resentimiento profundo que pudiera ser germen propicio para llevarlo a una actitud subversiva.

He aquí la arcilla frágil que el profesor Martinho pretendiera moldar para la revolución. En Augusto configurábanse, sin embargo, dos tendencias paralelas: la del criticismo que su doble maestro exploraba con fines revolucionarios y, contrariamente, una dulce mística cristiana de la cual nadie sospechaba antes de su muerte ocasional. Esta última sólo la descubre Martinho después del desastre que victimó a su alumno; y descubre también que, por virtud de esa energía espiritualizante, él jamás se dejará dominar por el mal espíritu de su maestro traicionero. Allí estaba la advertencia: en el cuaderno de apuntes donde el infeliz muchacho escribiera simples meditaciones sobre paráfrasis de los Evangelios y del Apocalipsis: "Guardaros de los falsos profetas que vienen vestidos de ovejas..." Reflexionando sobre su extraviado maestro, Augusto, no obstante presentir en él una salvación latente y pensaba para sí que Martinho podía estar errado, pues tenía un fondo bueno.

Es ante ese espolio de su alumno muerto que el profesor va, "como hombre", tras la verdad. He aquí por qué en el inicio afirmé que "Ser para o desconhecido", se alinea en las obras de un espiritualismo constructivo. Martinho se desenmascara, reconociéndose culpable. Le hierven en los labios y en la inteligencia las transcripciones bíblicas intencionalmente hechas por Augusto: "Y el que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera que se colgara al cuello una muela de atahona y que lo lanzaran al fondo del mar." Antes él sintiéndose un ser para el desconocido juzgando, sin embargo, en equivocación fatal, que ese "desconocido" era necesariamente un destino ateo y vacío —por lo tanto un nada. Deshecha ahora, en sí, la equivocación de su hermenéutica, Martinho reconoce, repudiado el revolucionarismo comunicante, que jamás llegará a la perdición completa.

La virtualidad de la salvación le resulta, precisamente, del "ser para el desconocido" "poder ser" en sentido múltiple y diverso. Pues con la muerte del discípulo y con la meditación sobre las palabras escritas por aquél, en el modesto cuaderno de apuntes, el drama de Martinho se resuelve y el ser se define.

¿Era aquí la razón de la llamada que Dios hizo llevando Augusto hacia Sí? Parece, decisivamente, que sí. Dolorido, cerró el cuaderno de las notas y reflexiones de su discípulo.

Pero en aquellas páginas había como que en obsecación repetidas veces, un pasaje apocalíptico que también le obsede: "Yo soy el Alfa y el Omega, el principio y el fin". En el momento en que lo vi, caí ante sus pies como muerto. Sin embargo, Él puso su mano derecha en mí, diciendo: "no temas, Yo soy el primero y el último".

Todo está en estas palabras. Martinho siente ahora los designios de Dios, quien en la ciencia del pueblo escribe derecho por líneas tuertas. He aquí, sin duda, el sentido de la llamada de Augusto hacia la muerte.

Al final el ser para el desconocido, que podría haber sido la desesperación de la perdición, era el regreso que salva porque el Alfa es igualmente el Omega.

Creo firmemente que la novela de Carlos de Macedo traduce en la medida en que de ella se extraen ideas de una filosofía existencialista, un existencialismo teísta. El ser está ante el Dios la Trascendencia —como lo deseaba Jaspers— y por virtud de eso, ese es un Dios Oculto. Y es propio de la Divinidad que el hombre quede siempre, en relación a Ella, en la encrucijada de la duda. Me he acordado irresistiblemente del célebre versículo 23 del Capítulo XVII de las Actas de los Apóstoles, en el cual San Lucas alude a la leyenda de la edícula vista por San Paulo en la Acrópolis de Atenas: “Ignoto Deo” — Al Dios desconocido. Aquel, pues, “que vosotros adoráis sin conocer”. Ese Yo os anuncio”.

Finalmente, el libro de Carlos de Macedo puede llevarnos, fecundamente, a elaborar más un complemento a la metafísica heideggeriana que la entronque en la concepción cristiana de la vida: es que el hombre es un ser que debe, sin duda, morir —pero no es un ser para la muerte sino para el Ignoto Deo y por eso es un “Ser para el desconocido”.

Pues Dios —el Alfa y el Omega— es también de este modo el término final de nuestra existencia transido el hombre (como el profesor Martinho), no por la perspectiva del acabamiento, sino por la posibilidad de perder o ganar la salvación en la Infinitud. Martinho regresó, salvado por la muerte de Augusto —lo que muestra un fondo teológico virtual en el existencialismo.

Acostumbrados, como infelizmente muchas veces nos tornan los escritores portugueses, a una ausencia de cultura que se viste en hueco lirismo, hay que alabar en Carlos de Macedo la producción de una historia de las más modernas tendencias. Por eso, “Ser para o desconhecido” constituye una novela casi siempre equilibrada; ella representa sobre todo un apreciable documento para la meditación del tema, tan de nuestros días, como es el de la angustia, de la desesperación y del destino del hombre.

FERNANDO LUSO SOARES

*Juan Marín: Novelista*, por GUILLERMO CABRERA LEIVA

Quien no haya leído “Paralelo 53 Sur” o “Viento Negro” se está perdiendo uno de los episodios más dramáticos y elocuentes de la vida latinoamericana: el proceso social de la zona sureña de Chile, donde la naturaleza y los hombres son los rudos protagonistas de una incesante batalla en la que pugnan, con todo su vigor y realismo, las emociones humanas frente a la crueldad del medio.

El Dr. Marín ha sido jefe médico de la marina chilena. En el desempeño de sus tareas tuvo ocasión de constatar, personalmente, cómo viven y piensan los hombres del mar, los obreros portuarios y los comerciantes de pieles de aquella región meridional.